

trar á Méjico por los baluartes desmantelados, y á la República vigorizada con una segunda epopeya, completando en torno del Gobierno la organización de su tercer ejército, insuficiente de seguro para las batallas campales, pero capaz como los anteriores de resistir en una plaza, ó listo para diseminarse en guerrillas é impedir que los franceses pudieran decirse dueños del país con la toma de la capital.

☞ Desesperar á Napoleón, exasperar á los opositores franceses y dar tiempo á la reconstitución del federalismo norteamericano, era la política sabia, la única política posible para Juárez, la que, sin duda, estaba resuelto á seguir. Lo discutible, para él, era la elección de los medios. Eso fué lo que se discutió en el Gabinete, resolviéndose desacertadamente.

☞ El ministro Blanco, fascinado hasta entonces por Comonfort, á quien admiraba, había sido el responsable directo de la paralización del ejército auxiliar de Puebla, por haberle marcado puntos objetivos incompatibles, como eran el resguardo de la capital y la sumisión á González Ortega para secundar sus operaciones. Había sido también responsable del movimiento que terminó inopinadamente en San Lorenzo. Pero libre del incubo, su espíritu recobró la lucidez, y aconsejó una medida prudente, que sostuvo con firmeza aunque sin obstinación. Podría equivocarse, decía, pero él había votado por la defensa de Méjico, la había preparado, había ofrecido de mil maneras que se llevaría á efecto, y no era decoroso mantenerse en el Ministerio después de resolverse la evacuación. Salió, pues, del Gabinete.

☞ La situación vino á ser muy semejante á la del 17 de julio de 1861, en que con acefalia del ministerio de Relaciones, el presidente y el ministro de Hacienda decidieron la suspensión de pagos á las deudas convencionales: así entonces, con un ministro de Guerra que se retiraba por el abandono de Méjico, se dictó esta medida, antes de que ocupase el puesto de Blanco, un consejero de reconocida pericia. Y es indudable que cualquiera habría votado como ministro saliente. Pero el general Berriozábal recibió, con su nombramiento, una opinión ya resuelta que se le imponía.

☞ Es inútil discutir, pues antes de juzgar sería necesario comprender por qué, á los ocho días de haber anunciado el Presidente en un manifiesto que la capital de la República se defendería HASTA LA ÚLTIMA EXTREMIDAD, se resolvió el abandono de la plaza. Si obraron sólo las razones técnicas, como la falta de guarnición ó el deseo de salvar la artillería, esto no hubiera convencido á un verdadero militar, sobre todo lo último, pues, dada la imposibilidad de resistir campalmente á los invasores, ó se escondían las piezas para sacarlas después de la guerra, ó se entregaban vendiéndolas lo más caro posible. El abandono de Méjico trajo la entrega barata de la artillería en acciones fácilmente ganadas por el enemigo.

☞ Otras razones eran menos convincentes. Ni faltaba guarnición, ni faltaban municiones, ni faltaban víveres para dos meses por lo menos, esto es, para detener á los franceses, como ya se ha dicho, hasta la primavera.

☞ ¿Qué onda de pánico militar empujó á aquellos hombres? ¿Ó fué un vértigo mental que les impedía ver en sus verdaderos lineamientos la política de Napo-

león? La habían comprendido admirablemente, condenándola no sólo como atentatoria, sino por utópica. Con todo, no se atuvieron al primer juicio, razonado y muy prudente, sino que hubo insinuaciones de que el fin de la expedición ya estaba próximo. ¿No lo daba á entender Forey en sus proclamas, y más aún en sus hechos, y, más que en sus hechos, en aquella carta á González Ortega, escrita el 10 de noviembre, carta en la que saludaba al bravo militar cuya brillante espada no debería estar al servicio de un Gobierno inhumano? Entre los franceses corría el rumor de que González Ortega estaba dispuesto á tratar, y entre los republicanos se creía que Forey venía á entenderse con un jefe que no fuera Juárez. Esto, unido al politiquero que no cesaba en los salones del Palacio, en los pasillos de la Cámara de Diputados y en el vivac de los generales, complicó siniestramente la cuestión militar. Comonfort se dejaba llamar futuro Presidente y único salvador del país, desde que pasó por San Luis Potosí. De González Ortega todo se temía. No es de extrañar, pues, que á la hora de salir el Gobierno, como tenía que hacerlo en el caso de que la capital resistiera, hubiese temores de entregarla á un general sin escrúpulos que hiciese la paz sacrificando al Presidente. Todo esto se decía al oído, y aun en voz más ó menos alta. Señalábase á los hombres que se creía próximos á caer en «tentaciones de explotar el conflicto público para fines personales», como decía Zamacona en un elocuente discurso.

☞ Todos los esfuerzos del Gobierno se concentraban en la obtención de facultades extraordinarias, sobre todo la de ratificar tratados. Así nadie podría traicionarle, aunque quisiera. La representación nacional condenaría de antemano los tratados hechos por un general sin poderes. Con todo, á falta de poderes, podía tener poder, es decir, un ejército y la popularidad. Mayor sería el peligro si á esto se agregaba la falta de facultades en el Ejecutivo. Juárez habló de resignar el puesto, entregando su investidura á González Ortega, presidente de la Corte Suprema de Justicia, si se le negaban las autorizaciones que pedía.

☞ La discusión tomaba un rumbo desfavorable para el Gobierno con el dictamen contrario que subscribieron los diputados Ruiz, Olaguibel, Baz y Bautista. Pero los oradores que defendían la iniciativa lograron sacarla incólume pocos días antes de la retirada. Con esta prenda de dominio, ya podía irse tranquilo el jefe del Estado. Y se fué. El día 29 se anunció la traslación del Gobierno á San Luis Potosí. El 31 cerró su período de sesiones el Congreso, citándose los miembros de la comisión permanente para la nueva capital. Pocas horas después, todo el elemento oficial, todos los entusiastas ó comprometidos, comenzaron á dejar la ciudad. Los telegramas del general Díaz, destacado en Ayotla, se fijaban en los muros del Palacio, y de allí corrían las noticias, cada vez más alarmantes para los republicanos, que no podían quedarse sin peligro ni salir por falta de medios para ponerse en marcha. El Gobierno tomó el camino de Querétaro, y el ejército se fué por el de Toluca, en un estado de completa desorganización, que procedía de la ineptitud con que obraba el general de la Garza.





El vecindario de Méjico, sacudido durante muchos días por la emoción de un próximo sitio, estrujado por la necesidad que había de improvisar la defensa, respiró con el anuncio de la ocupación pacífica, y se endomingó para recibir á Forey. La eterna curiosidad que llena de masas estultas las avenidas de toda capital ocupada por invasores, le salió al paso á Forey, el cual entró el día 11, acompañado de Saligny, el verdadero triunfador, Almonte, y Márquez. Se ha dicho que Forey vino acompañado de la traición, Almonte; el vicio, Saligny, y el crimen, Márquez. El populacho, al decir de los franceses, mantuvo su actitud hosca de pueblo invadido. Las flores que cayeron á los pies de Forey, aunque pagadas por la tesorería del ejército de ocupación, tomaron en el espíritu simple de Forey la significación de un plebiscito. Mas, á pesar de todo, Forey sólo vió antiguos partidarios de Zuloaga entre los colaboradores que se presentaron á recibir órdenes. Desde García Aguirre, prefecto de la capital, hasta los insignificantes ediles Alvear, Mora y Cervantes, toda la nueva legalidad era reaccionaria. Satisfechos, de gala, sonrientes, consagraron con su inconsciencia política las declaraciones liberales y reformistas que hizo Forey. Juárez se había ido, pero la obra revolucionaria quedaba intacta y guardada por una falange clerical.

La historia de lo que ocurrió en la capital sería indiferente para la historia de Juárez, si en ella sólo se viera el elemento de las exterioridades pintorescas. Mas, concentrando un poco la atención, se encuentra allí justamente la razón profunda de los acontecimientos posteriores que trajeron la vuelta de la República. Procuraremos precisarla dentro de una breve exposición. Ante todo, ¿por qué el grupo reaccionario aceptó la Reforma y se puso al servicio de un Gobierno que la consagró? Como todo movimiento estrictamente político, la Reforma hería ese plexo de prejuicios que llamamos convicciones, dejando indemnes los intereses vinculados en las estructuras sociales. El respeto al derecho, es decir, á la propiedad y por ende á toda la organización social, era el fondo de la obra liberal, como emanación del individualismo burgués incommoviblemente conservador. Sólo habla en el fondo como causa de alarma, por una parte, el falso amago de descatolización con la libertad de conciencia, y por la otra, el ataque directo á los bienes de la Iglesia. Mas bien pronto comenzó á verse que había muchas maneras de ser católico, y que un país regido liberalmente podía conservarse fiel á su tradición religiosa. Esto, dicho por los juaristas, no pasaba: impuesto por Forey, se fué creyendo. Lo grave estaba en la condición creada por las leyes de nacionalización, y éste fué el problema que primeramente atacó el enviado del emperador. Los bienes nacionalizados no se podían desnacionalizar, porque ya eran de particulares. La economía burguesa imponía el respeto á la propiedad individual. El dogma económico político era más fuerte que el escrúpulo religioso: la fuerza de los intereses creados vencía á la de los intereses heridos: el ejemplo de Francia reorganizada, autoritativa y católica, sobre una base inmensa de bienes nacionalizados, constituía el hecho histórico decisivo para el Emperador al imponer la resolución de no tocar la riqueza de los adjudicatarios mejicanos.

La Iglesia quiso rebelarse, pero un ademán del jefe de la expedición sujetó á su impaciente jerarca. «No, Monseñor; os habéis equivocado si creísteis que este Gobierno iba á impregnarse de miedo á vuestras iras. Somos en Europa los árbitros de la suerte del pontífice, y no sois vos, con todo vuestro venerable clero, quien puede intimidarnos. Por lo demás, siempre habéis sido ineptos para la política. No tenéis ni habéis tenido organización de combate. El único hombre que realmente posee capacidad política, Miranda, quedó inutilizado por su declaración de humilde y pasiva obediencia á cuanto hagamos. En los días de gloria de vuestros disturbios, no supisteis imponeros con el genio de algún prelado ilustre ó con la fuerza colectiva de una inteligente cooperación. Hoy, menos que nunca, podéis apelar á un poder del que no habéis sacado partido. Ved en torno: la sociedad elevada os pertenece por el hábito, pero, fuera de las cuestiones de fe, es completamente nuestra.»

Efectivamente, los reaccionarios gustaban ya de ver las cosas adoptando el nuevo ángulo visual que se les proponía; pero como el hombre es un animal extrañamente contradictorio, al grado de no ser verosímil sino sintéticamente, los partidarios del altar seguían condenando á los demagogos cuando ya estaban en pleno contubernio liberal. La Reforma, sí; Juárez y los suyos, no. Tal era el fondo de su pensamiento.

Un aliado más tenía la política imperial: el mundo de los snobs, la sedicente aristocracia, que no lo era ni en el sentido propio, que implica aptitud directiva, ni en el de nobleza, que requiere antepasados; clase elegante y poseyente, cuyas únicas distinciones eran éstas: tener tierras y vestirse. Su programa, después de asegurada la conservación del patrimonio más ó menos roído de hipotecas, era seguir la oficialidad francesa, copiar sus maneras y prepararse para la fiesta imperial.

Venía, por último, la masa amorfa, ni liberal ni conservadora; el estado mayor de amigos de todo el que sube; los invariables asistentes á todas las entradas triunfales; columnas de todos los gobiernos, amigos de todos los gobernantes, desde Santa Anna hasta el actual. Sus nombres figuran en todas las listas de notables, en todos los congresos, en todos los banquetes. Consideran una suprema deslealtad no prestar su concurso al hombre ó al partido imperante.

En el fondo, como espectadores un poco desconcertados, los liberales del ala moderna, mantenidos fuera del juarismo, y muchos demagogos sin conexiones con el Gobierno republicano, se preguntaban lo que aquello podría significar. No les disgustaba oír á Forey repitiendo que el Emperador deseaba una fusión de los partidos que tendría como base de concordia el liberalismo más ó menos moderado. ¿Duraría el régimen imperial? ¿Llegaría siquiera á implantarse? Algunos lo creían viable; otros, no. Mas estaban de acuerdo en un punto—y diariamente crecía este sentimiento,—que el Gobierno de Juárez no sobrenadaría. El interés privado les dictaba esta previsión. Era Gobierno el que cobraba impuestos, el que daba seguridad, el que organizaba; no el que corría. Y, por otra parte, como esos hombres constituían lo más alto, vivaz y respetable de la nación, creían justamente que el porvenir estaba con ellos. En efecto, las na-



ciones no son los pocos millares de hombres de lucha que forman ejércitos y gobiernos : son los millones que trabajan ó poseen y disfrutan. Ahora bien, mientras mayor fuera el número de esos hombres que aceptara la revolución— y el Gobierno nacional pretendía que las nueve décimas partes de la población consciente y activa estaba en ese caso,— mayor era la imposibilidad de que la masa, arraigada al suelo, se vaciara en pos de Juárez, para salirse de la órbita de ocupación extranjera. Esto no se hace ni se ha hecho, y suponerlo es creer posible una sociología de catástrofes semejante á la absurda geología desdeñosa de las seculares erosiones en que entran como elementos la humilde gota de agua y el imperceptible movimiento de las capas atmosféricas. Luego la nación liberal no combatiente, al vivir en territorio ocupado por los franceses, tenía que ir variando su ángulo visual, como había variado el suyo la masa reaccionaria.

¶ Los liberales que aguardaban propuestas de arreglo, no se engañaban. Efectivamente, si Napoleón hubiera tenido como órgano á un hombre de mediana inteligencia, ó el imperio no se habría establecido ó habría contado desde luego con los moderados y radicales que rodearon á Maximiliano. Pero Forey no entendía las cosas. Aprendiendo de memoria las instrucciones de Napoleón, hacía mil imbecilidades al aplicarlas. No viendo en torno suyo sino reaccionarios, debió haber comprendido que ése no era el tipo bonapartista, que buscaba Napoleón, de monarquistas católicos liberales. Podían sólo ser secuaces de un duque de Angulema. Luego vino la Junta de Notables, con sus procedimientos á la mejicana, netamente bárbaros como expresión de la voluntad pública, y francamente indignos para entregarse á la de un soberano extranjero. Todo esto era para exasperar al más paciente. ¿Qué lenguaje debía emplear el Emperador para decir que no quería ni á los demagogos de Juárez, que se le representaban como bandas depredadoras, ni á los clericales de Zuloaga? Había que consultar la opinión de aquellas nueve décimas partes de la población á que se refería Jurien de la Gravière en la junta de comisarios; á los moderados, aunque estuviesen momentáneamente con los juaristas, á Comonfort y á Doblado, para hablar claramente, ya que de otro modo no se le entendía. Y para ser bien servido, llamó al vicioso Saligny y al estulto Forey. Bazaine quedó con el encargo de armonizar actos y palabras.



¶ Juárez fijó su Gobierno en el interior de un triángulo de cacicazgos. Quedó á la vez protegido y prisionero de Doblado, González Ortega y Vidaurri. Durante los seis meses que pasó en San Luis, todo se le derrumbaba en torno : Gobierno y ejército. Los recursos escaseaban y su comitiva se iba disgregando. Su autoridad bajaba. El Gabinete se reformó para dar entrada en él, como ministro de Relaciones, á Doblado, el cual traía las arrogancias de un amo. Pronto fué imposible continuar la situación. El conflicto de aquel ministerio duró pocos días, al cabo de los cuales, Doblado dejó su renuncia sobre la mesa y salió de San

Luis para el amenazado feudo guanajuatense. Su vuelta al Gabinete había traído la pérdida de los servicios de Fuente para la República. El ilustre estadista dejó su puesto ministerial y fué á tomar la representación diplomática de Méjico en Washington, misión para la que lo indicaban su breve y honrosísima estancia en Europa, no menos que sus antecedentes en el ministerio que desgraciadamente había tenido que abandonar. Mas, ni en Washington se le dejó servir á la República. Apenas había llegado á Matamoros, recibió la revocación de su nombramiento, y tuvo que volver, desalentado, como tantos que por aquellos días abandonaron el servicio público por no ver estimulado dignamente su esfuerzo generoso. La Legación en Washington se confió al dedicado diplomático D. Matías Romero, en quien Fuente no podía encontrar un sustituto, ni por el talento, ni por el saber, ni por el vuelo poderoso del patriotismo.

¶ Juárez, ya muy cercado por la falta de recursos aduanales, pronto se vió bajo la amenaza de la invasión cuyas oleadas llegaban á los Estados del interior. Primero perdió el Gobierno los recursos de Tampico, tomado por los franceses en agosto; después los de Matamoros, arrebatado á la República por las bandas locales. En este puerto se había establecido Cortina por cuenta propia, desconociendo al gobernador juarista. La pérdida de Matamoros era de más significación que las ya sufridas. Matamoros tenía una importancia capital como puerto de salida de los algodones sudistas encerrados por el bloqueo que sostenían las fuerzas navales de Lincoln. Sólo había en Méjico un punto de importancia igual : Piedras Negras, lugar por donde entraba gran parte del algodón destinado á salir por Matamoros. Como Matamoros por Cortina, Piedras Negras era explotado por Vidaurri. Mas ¿cómo desposeer á Cortina y á Vidaurri? Hubiera sido necesario iniciar una guerra civil, y esto cuando Bazaine, con instrucciones de recoger los votos para el imperio, se desprendía de Méjico, avanzando á la vez hacia el occidente y el interior. El ejército mejicano, en un período de irremediable depresión, tenía que hacer frente al ejército francés, que tenía á duplicarse con el contingente intervencionista, diariamente en aumento. El ministerio de Guerra, encomendado á Comonfort, se sacudía con espasmos de irresolución. Falta audacia para pronunciar el juicio irrefragable sobre la situación. ¿No era preferible renunciar á la resistencia y concentrarse en el norte para defender las aduanas? Tal dictamen, á nuestro entender prudente, se ha presentado en calidad de reproche al Gobierno. Retardar tres meses la retirada á los Estados fronterizos nada significaba, perdida la capital. El sitio indicado para asiento del Gobierno republicano era Querétaro, si Méjico se defendía; ó Monterrey, abandonada la capital. Todo retardo en lo inevitable, dada la necesidad de correr hacia el norte, traería grandes embarazos, y éstos aumentaron con la muerte del ministro de Guerra, Comonfort, que, como amigo de Vidaurri, habría podido ser utilizado para conciliar al caudillo fronterizo.

¶ Comonfort murió en una expedición emprendida á Querétaro, asaltado por guerrilleros en el Molino de Soria. Esto acabó de desmembrar aquel ejército que en un principio constaba de cinco divisiones. Las mandaban los generales Porfirio Díaz, Doblado, González Ortega, Uruga y Berriozábal. Poco antes de la muer-